

ANTONIO BUERO VALLEJO: *Hoy es fiesta, Las Meninas, El tragaluz*.
Taurus Ediciones, Colección El Mirlo Blanco. Madrid, 1968.

De reciente publicación es este volumen dedicado a la obra dramática de Antonio Buero Vallejo. Contiene el texto de tres obras: *El tragaluz, Hoy es fiesta y Las Meninas*, a las que se anteponen algunas críticas de estas obras, comentarios sobre el quehacer teatral de Buero y declaraciones del propio dramaturgo hechas a propósito de sus estrenos y de las polémicas que los mismos han suscitado. Contiene, además, una reseña de los repartos, fecha de presentación, ediciones en España y traducciones en el extranjero de toda la producción del mencionado autor.

Hay libros que por lo deseados, por lo necesarios, merecen una bienvenida: éste es uno de ellos. Nos da idea, aunque somera, exacta del teatro de Buero, aunque sólo contenga el texto de tres obras; cuando concluimos su lectura sabemos qué es lo que su autor quiere, qué desea decir en sus dramas y cómo lo dice, cuál es su idea de la tragedia y por qué eligió el teatro como medio de expresión. Es indiscutible que se inicia con Buero una nueva etapa para la escena española, a partir de 1949, fecha de estreno de su primer obra, *Historia de una escalera*. Desde entonces no ha cesado su labor de elevar la escena española y lo que es aún más importante, elevar al público, enfrentándolo con problemas que constituyen el «aquí» y el «ahora» del hombre español, aunque sin desgajarlo de problemas universales y eternos, tales como la capacidad de conocimiento, la libertad, las relaciones del individuo y su sociedad.

La presentación del dramaturgo la hace José Monleón, director de la colección y agudo crítico teatral; apunta, como carácter esencial del drama buerista, su condición de «abierto», entendiendo por tal un teatro concebido como «interrogante», como «una exploración o aventura de términos inciertos y renovables». ¿Por qué Buero no ha llegado, formalmente hablando, a una altura pareja a la escena del resto de Europa? (Weiss, Brecht, Artaud). Es obvio. Para ello hubiera sido necesario que se problematizara una imagen tradicional del hombre que poco tenía que ver con la verdadera imagen del hombre contemporáneo, como se ha hecho en las sociedades a las que pertenecen los citados autores; este planteo no se ha dado en España, ni en cuanto a temática ni en cuanto a técnica teatral. De ahí el valor asignado por Monleón al teatro de Buero Vallejo, considerando éste dentro del marco social y estético del teatro español, con las limitaciones que esto importa: «su teatro es “abierto” y encierra siempre un margen de dudas, de cuestiones inefables, de implicitudes, de interrogaciones sin respuesta». Es además un teatro de compromiso, de acción, que enfrenta al que

durante tantos años, y aún hoy, acapara los escenarios con obras fáciles, de evasión, de mero entretenimiento. Insiste Monleón sobre la problemática buerista: el hombre español en su sociedad, desenvolviéndose en un sótano, en una escalera, en una azotea, sin que por ello, o mejor dicho, por ello mismo, dejen de constituir una tragedia. De ahí que Buero Vallejo elija sus temas y los desarrolle en una atmósfera que, en una observación superficial, pudiera parecer trivial o vulgar, pero que, a poco que se investigue en ella, revela profundidad de análisis y claridad de contenido.

Los restantes comentarios del volumen: el de Martín Zaro, «Buero y su teatro»; el de Enrique Pajón Mecloy, «De símbolos a ejemplos»; el de Torrente Ballester, «Introducción al teatro de Buero Vallejo», las declaraciones del propio dramaturgo, completan y refuerzan las ya expresadas por Monleón, al tiempo que las amplían.

Claras, por lo reveladoras, son las palabras de Antonio Buero Vallejo: «... creo y espero en el hombre, como creo y espero en otras cosas: en la verdad, en la belleza, en la rectitud, en la libertad. Y por eso escribo de las pobres y grandes cosas del hombre; hombre yo también de un tiempo oscuro, sujeto a las más graves, pero esperanzadas interrogantes.»

Los tres textos que se incluyen están precedidos por algunas críticas aparecidas en ocasión de sus respectivos estrenos, que resaltan otra de las características de Buero, hombre y dramaturgo: su honestidad. Una de las más acertadas y esclarecedoras es la de Angel Fernández Santos, publicada en la revista *Índice*, y referida a *Las Meninas*, de la que dice: «Es un drama limpio, sencillo, de una belleza elemental, pero jamás fácil... es literatura con ideas y enseñanzas verdaderas... pero ideas como actos, no como abstracciones, que de algún modo se encuentran ejercidas y vividas y no simplemente dichas.» «Velázquez se manifiesta como un intelectual rebelde, que ha entendido y hermanado consigo la tragedia de su país y se ha incorporado a lo que en él hay de más auténtico: el pueblo.»

La última obra de Buero, estrenada y mantenida largamente en cartelera la pasada temporada, *El tragaluz*, es objeto de un ajustado comentario de Ricardo Doménech. Recuerda el paralelismo entre la atmósfera asfixiante del tragaluz y el mito de las cavernas platoniano, aunque el significado sea distinto. Desde esta situación sí se puede alcanzar la luz, «y aún cabría añadir que, precisamente, sólo desde *aquí* puede alcanzarse, mediante una limpia disposición moral y una conciencia colectiva. Se trata, pues, de que el hombre ha de asumir su propia situación y elegirse en ella.»

Estas últimas palabras de Doménech dan justo en uno de los pro-

pósitos del teatro de Buero: hay tragedia en la vida cotidiana, es necesario que el teatro la refleje para que cada hombre la asuma con responsabilidad y sepa conducirse en ella.

Sobre la misma obra, Fernández Santos mantiene una entrevista con el autor, donde Antonio Buero Vallejo se declara deudor de Unamuno, define la problemática de *El tragaluz*, el enfrentamiento de los dos hermanos, los lugares-símbolos: el tren, el tragaluz, la toma de conciencia distinta para dos hombres también distintos, el trastorno mental del padre (extraordinaria figura dramática y humana) con su eterna y reveladora pregunta: ¿quién es éste?

Como muy acertadamente indica Fernández Santos, la sensación que experimenta el espectador español ante la obra comentada es un flechazo en sus represiones históricas sobre las que prefiere asentar su vida, ocultándolas en una falsa actitud de olvido.

En esta entrevista Buero enfrenta esa definición que ha gustado a tantos críticos y a tanto público, ansiosos de encasillamientos, y que es, sin embargo, errónea: Buero es un autor pesimista. Reitera el autor su total y absoluta confianza en la sociedad, tiene esperanza en la gente que, como él, sigue viendo la superación en el ser humano. Todos tenemos que tomar el tren de la vida y de la acción. Los personajes de la obra no lo tomaron y el único que lo logró, lo hizo con absoluto olvido de los que lo rodeaban, pisoteándolos con tal de llegar. Su forma de viajar es lo que Buero pone en juicio, lo cual no quiere decir que alabe al que voluntariamente se niega a vivir. Buero piensa, como ser humano, que no todo está moribundo en la sociedad española, espera en su porvenir, en el porvenir de aquella gente que forma el pueblo desconocido. (Paralelismo posible: ¿es Buero un poco el Velázquez que nos entregó en *Las Meninas*?)

Recuerdo las palabras de Antonio Buero Vallejo en una conversación mantenida no hace mucho tiempo: «Yo siempre vivo en la esperanza. Lo que no puedo es ser crédulo y esperar siempre lo mejor, eso no es esperanza, sino engaño.» Es la posición de un hombre y un dramaturgo preocupado por los problemas de nuestro tiempo, es su visión y su constante lucha expresada en sus obras, por recuperar valores humanos que, a veces, por diversas circunstancias, se han borrado o han sido sustituidos por espejismos falsos. De allí la recuperación de figuras históricas y la introducción en *El tragaluz* de los dos investigadores. Así lo dice Buero: «Es una visión del hombre dominando su propia historia.»

En la obra de Buero nos enfrentamos con la tragedia, nos encontramos en sus personajes. El que a veces no haya una salida en ellos no quiere decir que cierre totalmente las puertas, tal vez es que esa

salida debemos buscarla en nosotros mismos. Teatro de ideas, teatro para pensar, teatro que despierta conciencias, que remueve estructuras caducas y anquilosadas.

Concluyamos. A la dispersa y no muy abundante bibliografía sobre Buero Vallejo, sumamos este volumen que, como ya se ha dicho, condensa algunas ideas que muy bien pueden servir de base para un trabajo futuro más exhaustivo sobre la obra dramática de una figura clave y fundamental en el teatro español contemporáneo.—MARI ANGELES GONZÁLEZ DURÁN (*Hilarión Eslava*, 48, 6.^o A. MADRID).

AÑOS DECISIVOS PARA LA POESIA DE JOSE AGUSTIN GOYTISOLO

Cuando ya empiezan a ser historia muchos hitos de la poesía española contemporánea—y pensemos en los poetas del 27, del 36 o del 40, aunque muchos de ellos sigan entregándonos aún obra inédita—, cuando la historia y circunstancias en que se desenvuelve la poesía española han experimentado una evolución notable con respecto a los años de posguerra, o de inmediata posguerra, no me parece del todo inútil, aunque ya muchos la hayan intentado, emprender una revisión detenida de los últimos logros de la poesía española, de sus causas inmediatamente anteriores, al tiempo que recibimos el último libro de un poeta muy característico dentro de la generación del 50 como es José Agustín Goytisolo.

Los poetas de la generación del 27—o 25, como también se la conoce—habían abierto un camino importante. Habían empujado las aguas mortecinas de la poesía hacia un quehacer más realista y temporal. Cuando parece que la dramática realidad de la guerra española iba a ser tema más que aprovechable por los poetas de la inmediata posguerra—en función de ese camino emprendido—para sus obras, los poetas de los años 40 se marginan; dejan a un lado la situación dramática provocada por la historia inmediata y buscan, por circunstancias lógicas en cierta manera, una evasión histórica y literaria, real y estética, hacia lo clásico y lo tradicional. Van a ser, pues, los poetas de la generación del año 50; poetas reunidos, más o menos, bajo la advocación de la discutidísima *Antología consultada*, de Francisco Ribes, y de la colección Colliure de Barcelona, los que recojan la verdadera herencia histórica y situacional, tronchada por la irrupción de la generación inmediatamente anterior. Son poetas que han